

Fragmento de *Tatuajes en papel*, de Nora Strejilevich

Nora Strejilevich

Es larga la carretera

Es larga la carretera
Cuando uno mira atrás
Vas cruzando las fronteras
Sin darte cuenta quizás.

“Canción para mi muerte”, Sui Generis

El pasado te tumba sin concesiones: de un día para otro te ponés a jugar a las bolitas con las pompas de agua que te saltan de los ojos. Sentís que tu presente es un transcurrir a pie de página y que no podés traspasar ese límite. Querés que se interrumpa con algún libreto que parezca real. Desde las rendijas de la noche atisbás la continuación del viaje: ¿seguirá la fuga hacia adelante? Al menos esta vez será regreso. Padre, madre e hija planifican juntarse en Tabatinga, una playa cercana a San Pablo donde celebrarán juntos el inicio del 80, en casa de amigos. Las cartas que van llegando anticipan el tono de un acontecimiento que se quiere alegre.

Norita:

8 de noviembre, 1979

Aquí aparecen los primeros calores y el tiempo transcurre a la espera de mejor suerte... Estamos cotejando precios de pasajes para fin de año pero aún no decidí el modelo de bikini que debo comprarme para no desentonar en la playa. El que tengo es del año 1925.

Tu papá

Una vez reunidos en Brasil hay festejos, risas y complicidades. También hay dictadura pero ellos, acostumbrados al terror rioplatense, no lo notan.

Estamos en Tabatinga, una playa del Estado de San Pablo donde no llegan los lamentos del mundo. Nos pasamos el día frente al mar, hipnotizados entre tanta arena blanca y nubes enruladas. Papá se hace el payaso y le seguimos la corriente. Nos emborrachamos de risas y abrazos, apurando la copa del estribo.

Hasta las cartas con viejos amigos de Buenos Aires —el puerto prohibido— te permiten sostener el ánimo gracias a una moneda de cambio gratuita y tan necesaria para sobrevivir: el humor.

Con Carlos ese tono se da a menudo. Lo habías conocido en esos campamentos míticos que se hacían en la Patagonia: él, una suerte de Mahatma Gandhi porteño, era guitarrero y te hipnotizaba su música junto al fogón. Entre las cuerdas y las llamas se filtraba la poesía con naturalidad y cada tanto se conversaba hasta el amanecer. El cultivo de la amistad era fácil en este entorno, donde no faltaban las tonadas de los republicanos españoles ni el “Bella Ciao”. Curiosamente, la mayoría de tus amigos eran varones: había algo de tu hermano en ellos, quizá.

San Pablo, 22 de diciembre, 1979

Querido Carlitos:

Te cuento que estamos como queremos: sobrevivimos entre edificios que oscilan entre los veinte y los treinta pisos. Transpiramos doce horas por día, las doce horas restantes nos secamos. Paseamos por todos los negocios y supermercados de la ciudad y, para rematar, comemos Banana Split. Estuvimos en una casa de fin de semana que queda frente al mar. No hicimos otra cosa que llenarnos de agua salada y dulce, simultáneamente, sin que lloviera antes, durante o después. Fui a ver varios espectáculos en portugués que se entiende mejor que el hebreo aunque peor que el jeringoso (je-pe ri-pin go-po so-po). Nos llenamos los bolsos con mercadería porque acá el imperativo es comprá, que en Buenos Aires está más caro. La cercanía con la tierra de los gauchos se hace sentir: ciertos porteños impresentables invadieron estas regiones para destilar su desprecio hacia los vecinos mientras les aspiran sus productos manufacturados. Pero la sociedad de consumo no me impide seguir fiel a mis principios: trato de hacer, en lo posible, lo menos posible. Afortunadamente mis padres colaboran en este esfuerzo.

Guardo unas fotos de esos días: León abriendo boca y brazos como un lobo feroz amenazante, Sarita posando en el balcón como actriz de cabaret, rosa roja en el pelo. Otra instantánea nos retrata a todos frente al Atlántico, tostados y sonrientes. Se celebra el triángulo en vivo y en directo hasta que León y Sarita se van a Buenos Aires y las ausencias cobran forma.

12 de febrero, 1980

Querido Karl:

Hoy llueve y las gotas me salpican de nostalgia. Quizá me acobarda seguir por un camino donde los regresos son apenas desviaciones; siempre opto por lo desconocido cuando en realidad solo busco volver a un lugar. En fin, te cuento mis planes por ponerle un título a la incertidumbre. San Pablo hasta marzo; mis viejos volvieron a Buenos Aires llevándose al Río de la Plata la mitad de mí. Pronto será Carnaval y yo, como siempre, ando cantando la vida me engañó en lugar de practicar samba. Te juro que no lo volveré a hacer. Mañana veré el mundo color de rosa y escribiré poemas decimonónicos. Pero esta carta se termina hoy.

Con la partida de León y Sarita se precipita tu envejecimiento; con ellos podías ser adolescente pero ahora urge retomar la vida adulta y pisar el continente de tus decisiones. Flotás de nuevo en la duda no metódica hasta que llega la aceptación de la Universidad de la Columbia Británica, iniciativa de un italiano que conociste en Settignano. La carta te ancla en algo aunque, una vez más, desconocido. Por eso, antes del viaje al Norte, se te ocurre recorrer unos cuantos kilómetros hacia lo opuesto. Presentís que este viaje al otro polo de tu mundo es una despedida con mayúsculas. Te irás ¿por cuánto tiempo? a una costa Pacífica y remota.

6 de agosto, 1980

Querida hija:

Ayer comenzó tu vuelta olímpica de Brasil a Canadá pasando por Europa, ojalá todo salga a pedir de TU boca. Ese día yo estaba tan segura de tu llamado que no quise que tu papá saliera a la calle desde el mediodía. Al atardecer me convencí de que estaba equivocada. Él fue a una reunión que tenía y volvió como a las 21 hs. Nos dijimos: ya no. ¡Diez minutos después sonó el teléfono! No atiné a decirte que ni me moví de casa esperando escucharte, en cambio creo que balbuceé un par de pavadas.

Hoy cayó en mis manos la cartita que nos enviaste cuando recién te habías ido. Me reí porque ahí, como en la que mandaste desde Brasil diciendo que “tal vez pasarías por Londres” ya había algunos “tal vez”, además de pedirme que no me tomara a pecho tus cambios. No logro acostumbrarme.

Es importante que sepas que mandaron esta nota desde Vancouver, por las dudas te la copio (¡menos mal que estudié inglés!):

This is to inform you that there will be a Teaching Assistant Orientation Meeting on Friday, August 29, 1980 at 10:30 AM in Buchanan 152.

Sincerely, Dr. Carr

Te confieso que hemos vivido un mes tremendo: desde tu partida de Brasil fuimos siguiéndote con nuestro pensamiento por un mapa muy accidentado. Estábamos bastante en el aire y los días de tu viaje eran contados... se me ocurría que se te haría tarde, que no llegarías a tiempo a la universidad, qué sé yo. Por suerte, la carta que escribiste en el avión y despachaste desde un aeropuerto, al final llegó. Respiramos. Y ayer recibimos la primera desde tu nuevo hábitat canadiense. Cuando puedas, sin apuro, nos contás esos catorce días de recorrido.

Acabamos de leer una tarjeta tuya que recién nos dejaron bajo la puerta. Quedamos electrizados:

"Más allá de los límites del tiempo y del espacio seguimos unidos por lazos invisibles, por un idioma y códigos propios que, quizá, solo el arte sea capaz de captar. Pronto nos veremos pero quise que mi abrazo les llegue ahora, por esas cosas del calendario que en realidad no significan nada, que en realidad significan tanto. Los quiere y los recuerda siempre, Nora".

¿Por qué creés que la copio? Porque expresaste lo real. Estás con nosotros y estamos unidos.

El 24 de septiembre de 1980 llamás al 0054148 8396 desde un teléfono público de una plaza surgida en medio de la nada. Llovizna, solo te acompaña la adusta Doña Soledad. Tu madre capta que estás de capa caída y te canta al oído una tonada que solías tararear: *Cuanto trabajo para / una mujer saber / quedarse sola y envejecer...* Te recostás sobre el auricular para que se acomoden las lágrimas mientras escuchás: *Los dolores, si se dicen con poesía, se sobrellevan mejor, ¿no?*

Dice Sarita que va a conseguir un planisferio porque no saben a ciencia cierta dónde queda Vancouver. Vos tampoco, hasta que aterrizás.

25 de octubre, 1980

Cuando esta llegue a tus manecitas hará dos meses de tu llegada a esa nueva tierra. Tenemos la esperanza de que ese puerto sea lo que necesitás... ¡Cómo voló este 1980! En cuanto nos queramos acordar habrá pasado un año de nuestro encuentro. Nunca nos olvidamos de cuando te apareciste en Brasil, tan linda y serena, remera marrón, pollera larga haciendo juego, zuecos, con tu equipaje. Me parece estar viéndote. Pero se te notaba desorientada. Lo cierto (ahora puedo decírtelo) es que a tu papá eso le angustiaba, recién ahora empieza a tomar confianza y a distenderse. A veces deseo imaginar cómo es tu vida en tu nueva casa canadiense en 1717 Dunbar. ¡No parece una dirección sino un nombre exótico sacado de un cuento de Borges!

Pensaba que, si te quedás bastante tiempo (espero que sí), tal vez podamos juntar los pesitos del pasaje e ir a quedarnos varios meses. Son ideas locas que se me ocurren cada tanto.

La idishe mame, Surele

Estas palabras te llegan cuando tu nidito va tomando color.

En esos tiempos, cada peso que caía se ahorra para el próximo desplazamiento, pero al fin se te dio por gastar para instalarte. Compraste un par de almohadones marrones por 8 dólares para decorar un mamotreto que imitaba un sillón; un poncho colombiano tipo manta, negro y violeta, por la módica suma de 7 dólares y, como si esto fuera poco, una blusa por 0.99 dólares. Después de tantas adquisiciones plus elementos varios de tocador y ropa interior, te sentiste realizada y notaste cuán falaces eran tus interrogantes metafísicos. ¿En qué tienda te van a vender respuestas de segunda mano? Y, en caso de encontrarlas, ¿acaso te sentarían tan bien? En lugar de decir, con voz trémula: es Año Nuevo y estamos tan lejos, dijiste con Cortázar: “Esto no puede ser el mundo, la gente agarra el calidoscopio por el mal lado”. Desabrochaste un par de estrellas de la ventana, las pelaste y te las comiste. Te pintaste las uñas de arco iris e intentaste escribir así para sacarles una sonrisa a León y a Sarita, aunque el final de la carta, el lenguaje te delató.

Queridos míos: Les cuento mis novedades: tengo una bicicleta, un grabador, una TV que no funciona, una cocina que pierde gas, una biblioteca sin estantes y una heladera que congela. El capitalismo es a mi existencia lo que el comunismo a una princesa rusa. Compré revistas porno y regalos de ocasión, masco chicle, morfo hamburguesas, miro soccer, tomo alucinógenos, alcibiades y otras yerbas, uso jeans, hablo sin mover la boca o muevo la boca sin hablar y bailo rock sin pensar en la letra. Camino arrastrando la parte anterior de la planta del pie, pienso poco y en inglés, leo propagandas, recito slogans y creo que, con un poco de viento a favor, los de migraciones me darán la nacionalidad canadiense con solo mirarme de reojo. A pesar de todo, no sé por qué, el lóbulo frontal a veces me pica. Entonces recuerdo y lloro.

Escribiste estas líneas en un parque donde, de repente, un tipo te dirigió la palabra: algo totalmente fuera de lugar de acuerdo a lo que indicara tu experiencia social nórdica reciente. El señor paseaba a su perro y se paró frente a vos, que estabas sentada, para mostrarte un nido de halcones, *hawks*. Muy simpático, pero sentiste extrañeza. Iba a notar tu acento en cuanto contestaras y eso iba a cambiar la posibilidad de un diálogo fluido, entre iguales. Exhibir la extranjería no es fácil: marca la frontera entre pertenecer y no pertenecer.

A. León Strejilevich. 1914–1987. Arquitecto, músico y artista visual. El padre de Nora nunca exhibió sus dibujos y, tras la desaparición de su hijo Gerardo, no volvió a expresarse con tinta china o acuarela. Nora los rescata y los pone a dialogar con su escritura a partir de *Un día, allá por el fin del mundo* (LOM 2019). En este número se incluyen algunas imágenes incorporadas a ese libro y se dan a conocer otras que permanecían inéditas.











